

Impresiones

2361

¿QUE es el choteo y dónde se le encuentra?

Mañach, en su magistral conferencia del domingo último, ha sondeado el hondón del alma criolla en ingente labor de filosófica búsqueda para definir su naturaleza y ver qué lugar le corresponde en la escala de nuestras peculiaridades psicológicas.

¿Lo logró? Creemos que sí. Al menos, su trabajo es quizás lo único ingeniosamente serio que se ha escrito sobre algo ingeniosamente tonto, que no es otra cosa el destructor y malaventurado choteo criollo. El ha enfocado esta actitud morbosa desde múltiples puntos de vista; quizás no los apurara todos, pero sí los suficientes para que de hoy en adelante pueda decirse que el tema del choteo está casi agotado. En la formidable disección que hiciera este notable pensador cubano apenas si se escapó a bistori algún tejido de los de poca o ninguna importancia.

¿Qué decir, pues, sobre este tema que no haya quedado expuesto en la disertación que ya el lector conoce?

Asunto interesante de por sí, puesto que todos somos a un mismo tiempo choteadores y choteados en este medio amable en que vivimos, lo es más cuando una mentalidad fuerte y bien nutrida arroja sobre él oleadas de luz que lo ponen al descubierto.

¿Es el choteo una reacción, un vicio o una enfermedad? ¿Cuántas subdivisiones admite el choteo? ¿Existe alguna diferencia en substancia entre nuestro choteo y la burla corriente y universal? Esas y otras cuestiones se plantea el señor Mañach y todas las resuelve con singular ingenio y elegancia.

El choteo, cualquiera que fuere su origen y naturaleza, es indudable que actúa como deprimente de toda noble o encomiástica actitud. Nada toma en serio, no porque crea que no hay nada serio, sino porque la seriedad de las cosas obliga a tomarlas mediante cierto esfuerzo mental fatigoso. Es una

reacción cómoda ante cualquier fenómeno; reacción cómoda y plebeya, que no hay que confundir con la gracia con que algunos envuelven los razonamientos más graves. A Cherterton, en este caso, pudiera confundirsele con un choteador de altísimo linaje, aunque en suma no sea sino un filósofo originalísimo que abusa de los contrastes, incubadores de risa.

El choteo puede ser gracioso y puede no serlo; no lleva en sí implícita la gracia, bien como la gracia puede manifestarse en forma de choteo o sin que nada tenga que ver con esta peculiaridad del carácter. Lo que sí es inherente al choteo es la agresión, y ésta puede ser de dos clases: sincera o fingida. No revela, pues, el choteo por sí mismo un estado de simpatía o antipatía hacia la persona u objeto choteados, porque a veces se chotea lo que más se odia y a veces se chotea lo que más se ama. El choteo, las más de las veces, es un modo o estratagema de hurtar la atención de lo que sospechamos nos ha de causar una molestia o acaso una pesadumbre.

El choteo puede ser profundo o superficial; esto es, puede producir heridas o simples rasguños. En ambos casos son heridas villanas, de puñal o de guijarro, escandalosas siempre; la herida que no deja señales la produce sólo el fino florete de la ironía y, a lo sumo, la espada elegante de la sátira culta. El choteo, con gracia o sin gracia, es un hijo bastardo del ingenio. Anda en mangas de camisa y se expresa, cuando le faltan palabras, por feos y detonantes sonidos. Temible por su rudeza, en su propia grosería lleva su castigo, porque pierde fuerza a medida que se depura el gusto...

Bien quisiéramos seguir glosando la conferencia del exquisito glosador que a este diario ofreciera los frutos primorosos de su bien tallado ingenio; mas ya advertimos que él apuró el tema hasta el punto de poder recordarles a los que osaran abordarlo de nuevo el clásico **Tate, tate folloncicos...**

DM, oct 11/28